

Los rumores y la cuestión de la verdad*

*Michel-Louis Rouquette***

La verdad de un rumor no debe ser juzgada solamente por su contenido, sino por la relación que establece el contenido con la identidad social o grupo particular que lo pone a circular. Además, se distingue entre la racionalidad fáctica y la racionalidad ficcional, esta última enraizada en la sociabilidad que opera en las representaciones sociales y rumores.

PALABRAS CLAVE: rumores, racionalidad, sociabilidad, representaciones sociales.

The truth of a rumour cannot be determined by its contents alone, but by the relation between the message and a particular social identity. Furthermore, a distinction can be made between “factual” rationality and “fictional” rationality : it is the latter, embedded in sociability, which operates in social representations and in rumours.

KEY WORDS: rumours, rationality, sociability, social representations.

Rumor y verdad

APLICADA A LOS RUMORES, la cuestión de la verdad parece implicar una comparación entre lo que es relatado y un registro factual objetivo, en otras palabras, la confrontación entre el testimonio dado con la observación. Esto asimilaría el rumor a una hipótesis susceptible de ser puesta a prueba. Sin embargo, es justamente lo contrario:

* La primera parte de este artículo, “Rumor y verdad”, ha sido publicada en Françoise Reumaux (ed.), *Les oies du Capitole ou les raisons de la rumeur*, CNRS Ediciones, París, 1999, pp. 163-165. La segunda parte es inédita y proviene del seminario de doctorado impartido por M.L. Rouquette en la Universidad de París Descartes en 2007. Traducción: Fátima Rateb y Margarita Zires.

** Universidad de París Descartes [ml.rouquette@wanadoo.fr].

- a) Muy rara vez tiene la estructura de una hipótesis (que es la afirmación de una relación entre, por lo menos, dos variables, que se pueden controlar) a diferencia de los estereotipos, por ejemplo.¹
- b) Se da a través del proceso verbal de un evento sucedido (la advertencia que este evento puede suscitar constituye el valor pragmático del rumor, del cual volveremos a hablar).
- c) La ejemplaridad le es esencial: por ejemplo, esta tienda, que designamos, está involucrada en el tráfico de personas; y en tal supermercado, que también designamos, donde una serpiente mordió a un niño, etcétera.

Se dirá, entonces, que por estas tres razones (ejemplaridad, tratamiento de lo ocurrido, ausencia de variables controladas), el rumor es de tipo histórico y, por consiguiente, los procesos de validación de la historia le son aplicables. Esta conclusión casi parece legítima, salvo por un detalle esencial: el mismo rumor es historia en proceso (en vía de hacerse), que pertenece a la historia, entre clamor y murmullo.² No tiene como objeto la historia, pero eventualmente se convierte en objeto de la historia.

La verdad del rumor, entonces, no es el fin de un procedimiento epistémico, sea naturalista o histórico. Más bien hay que concebirla como la expresión que continúa de un estado psicosocial. Esto es lo que ponen en evidencia particularmente bien las simulaciones en laboratorio. En las cadenas Allport-Postman, la verdad de los sujetos subvierte la fidelidad al texto inicial: las “deformaciones” que los relevos aplican al mensaje son motivadas por sus actitudes, sus creencias, sus costumbres y sus valores. Éstas, evidentemente, tienen una génesis social.

La verdad del rumor, entonces, no se debe leer de una manera textual o en su textualidad, sino al descifrar la triple relación entre el relato, los sujetos que lo transmiten y la situación que los engloba, que podríamos llamar sin abuso, el contexto. Este desciframiento invita a una hermenéutica.

Entonces, debemos protegernos de dos trampas cuya recurrencia conocemos: la deriva anecdótica y la interpretación sin criterio estricto. La primera

¹ Otra forma de expresión del pensamiento social, los estereotipos corresponden, efectivamente, de una manera u otra, a enunciados. “Todas los X son a” o “Las X son más a que las Y”.

² F. Reumaux, “Rumor et opinio”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXXXVI, PUF, París, 1989, pp. 123-139.

conduce a un censo indefinido de los contenidos, que ya no tiene más sentido que en el inventario de un librero, cuyos fondos se enriquecerían periódicamente. Después de un rumor, otro, otro más y así sucesivamente, porque todo cambia y porque llamamos riqueza del imaginario lo que no sabemos entender de otra manera. En cuanto a la interpretación, necesita —si no quiere verse invalidable, y luego, por naturaleza, inválida— una economía teórica que autorice el paso permanente a la sanción empírica.

Podemos intentar bosquejar, desde ahora, un marco de análisis que permitiría protegerse de estos dos escollos.

1. Consideremos primero el relato. Banalmente, si lo podemos llamar así, el rumor aporta una información. ¿Qué es una información? Se define, no por su autenticidad o por su novedad, sino por el estado de ignorancia de los que la reciben (de cierto modo, es su valor de uso). Sin embargo, en este caso, lo que colmará esta ignorancia es del orden de lo que concierne. El rumor siempre tiene, para su público, referentes inmediatos en el tiempo y en el espacio: habla de lugares que frecuentamos, de productos que compramos, de personas que conocemos. Esta constatación sería suficiente para establecer que el rumor no puede vehicular cualquier información a un grupo dado en un momento dado. Pero además, lo que concierne reviste de manera habitual la misma modalidad: la de la negatividad.³ Si existe una “moral” del rumor como fábula, es que el mundo es peligroso, que lo familiar puede transformarse en temible, que la gente es mala o perversa, etcétera. La sorpresa, en resumen, viene del revestimiento informativo y no de lo que cubre, viene del detalle y no de la intencionalidad global de la estructura. En el fondo, *todo sucede como si la misma forma de esta información ya hubiera existido en los destinatarios*. La verdad del rumor es primero la adecuación de esta información a esta forma. El rumor no “cuaja” si dicha adecuación no se da.
2. Consideremos ahora los sujetos transmisores. ¿Quiénes son? Evidentemente, somos todos nosotros. Pero igualmente evidentemente, no lo somos siempre, ni cada vez. De ahí viene la cuestión diferencial por excelencia: ¿quién transmite qué? Se trata entonces de determinar una identidad, en las

³ M.L. Rouquette, *Les Rumeurs*, PUF, París, 1975 y “Le syndrome de rumeur”, *Communications*, núm. 52, París, 1990, pp. 119-124.

dos acepciones del término, que de hecho finalmente se confunden: lo que especifica los individuos en su conjunto respecto de otros agrupamientos, y lo que, después, los hace idénticos, a ese respecto. Sin lugar a duda hay que distinguir entre una identidad consumidora o de proximidad, la de las redes de frecuentación (y de esta forma se explica localmente la propagación), y una identidad objetiva que es más o menos la que pueden rastrear los sociólogos (y de esta forma se explica la epidemia en una sociedad). Está claro que es en este último sentido que todo rumor tiene un público: esta ubicación tiene que ver con el modo de vida, el estatus socioeconómico, el grado de educación. “Dime lo que cuentas, y te diré (en ciertos aspectos) quién eres, y sabré también a quién se lo cuentas”. La verdad del rumor es su adecuación a esta identidad.

3. Queda por considerar el contexto del rumor, aunque sus bordes ya hayan sido trazados. El universo cognitivo de un individuo o de un grupo conlleva sus territorios desconocidos, sus pasos peligrosos, su relieve incierto, sus nuevas conquistas y sus horizontes perdidos. No se necesita un mapa para apropiarse del paisaje familiar. Pero si, en el extranjero, los mapas mienten o se callan, sólo existen tres soluciones: detenerse, aceptar aventurarse o conjeturar. Agreguemos que cada grupo tiene su mapa y que no todos conocerán (o no reconocerán) el mismo recorrido. Lo extraño o la extrañeza tiene que ver aquí con lo que los individuos no dominan en el mundo que enfrentan, ya sea por falta de información, o incapacidad de conceptualización, o ausencia de “script”, o por el hecho mismo de la repartición desigual de los poderes que se traducen en lagunas en el mapa, pasajes obligatorios y fronteras infranqueables.⁴ Se trata entonces de lo que es fuente de amenaza o angustia, pero también de trabajo cognitivo. Ya lo mencioné antes, si uno no se puede detener, hay que aceptar aventurarse o conjeturar.

Es aquí donde interviene el valor pragmático de todo rumor, la “moral”, que es la fábula. Ésta desemboca en un consejo que sugiere una norma de

⁴También se tendría que considerar lo que no es dominable y lo que no es conceptualizable en sí (como la angustia de la muerte), de donde proviene la permanencia a largo plazo de algunos rumores.

acción (no ir a tal lugar, no comprar tal producto, tomar tal precaución...). Ésta proporciona entonces cierto dominio a partir de la evitación. Su verdad, entonces, es ser el signo específico de un espanto o de un desposeimiento.

Estos tres aspectos son solidarios: la identidad no puede ser comprendida de manera independiente de la situación que la forja y en la cual se refleja; la negatividad del relato que responde al contexto, lo que concierne a la identidad. En resumen, la textualidad no es suficiente. El “mismo” rumor de soltar víboras, por ejemplo, no tiene el mismo sentido según los grupos, es decir, según lo que no dominan: en la mayoría de los ciudadanos, éste renueva el temor de la naturaleza salvaje; en la gente rural, se traduce sobre todo en desconfianza a los poderes urbanos (instituciones públicas, grupos de presión a favor del medio ambiente...).

Entonces es una verdad triangular, en la cual cada segmento está articulado a los otros dos: adecuación a una forma cognitiva, adecuación a una identidad diferencial, adecuación a un contexto.

La racionalidad de Holmes

El análisis que acabamos de presentar puede ser abordado en términos más epistemológicos, pero que desembocan en la misma conclusión. Es lo que se verá ahora.

La literatura universal ofrece varios personajes que pueden servir de base a la reflexión del conocimiento. De esta forma, entre otras, la figura de Sherlock Holmes marca de manera emblemática uno de los vínculos posibles con el conocimiento: para aprender, hay que observar detenidamente, deducir rigurosamente, buscar la coherencia en un conjunto de indicios y, al final, verificar. De esta manera parece que estamos directamente del lado opuesto del rumor, en el cual recibimos una “verdad” que de entrada está formada, y vista como garantizada sin más verificación. Ahora bien, cuando dos realidades se oponen, toda información acerca de una de ellas nos informa acerca de la otra. ¿Qué es entonces “la racionalidad de Holmes”?

Esta expresión puede indicar, en primera instancia, la adecuación entre un enunciado en particular y un estado de hecho posterior. No obstante, para distinguir este caso de la simple apuesta ganadora (en el cual también existe una adecuación entre un previo enunciado y un estado de hecho posterior: anuncio

que el 9 saldrá en la ruleta, y sale), hay que agregar una cláusula esencial. Esta cláusula es la siguiente: en la racionalidad de Holmes, el enunciado previo resulta él mismo de una deducción, en realidad, en un silogismo. Tomemos el ejemplo siguiente:

*Sólo un marinero o un hombre borracho pueden caminar de esa manera.
Ahora bien, este individuo no está borracho (olí su aliento).
Entonces, es marinero.*

Las formas de silogismo pueden ser usadas para respetar la cláusula precedente, ya que sólo se considera la conclusión. Sin embargo, la cláusula mayor y la menor tienen que estar fundadas en observaciones, independientemente de la calidad o la fiabilidad de éstas (su cristalización, sobre todo respecto de la mayor, en generalizaciones o estereotipos, lo cual es otro tema). La conclusión, que forma el enunciado que hemos llamado “previo”, también tiene que estar validada enseguida por la observación, lo que da lugar a una constatación de un estado de hecho: sí se trata de un marinero.

La racionalidad de Holmes entonces es una adecuación entre la conclusión de un silogismo con base empírica, y un estado de hecho posteriormente confirmado de manera empírica. Es un “reflejo” o un “doble” del mundo.

Ahora consideremos el siguiente caso, tomado expresamente del registro de la psicología cotidiana:

*Todos los que tienen una mirada huidiza, se sienten inseguros.
Ahora bien, este individuo tiene la mirada huidiza.
Entonces, se siente inseguro.*

Aquí, la conclusión no resulta en un estado de hecho objetivable (como por ejemplo el estado del marinero), es una inferencia objetivada (la inferencia de un inobservable a partir de lo observado). Nuestra primera definición de la racionalidad de Holmes entonces no es suficiente, ya que en el caso que examinamos el “estado de hecho” sólo puede ser confirmado por otro enunciado que no puede ser confirmado por hechos. El enunciado “Se siente inseguro, de hecho él mismo lo dice” nos conduce a un círculo donde se comprueba lo que afirmamos, al afirmar que se ha comprobado. Esto no tiene nada que ver con, por ejemplo, “Él es marinero. Él dice que lo es”, un

enunciado que sólo corrobora un hecho verificable, es decir, en términos popperianos, falsificable. También se nota la diferencia si se le compara: “Es marinero, entonces titubea” con “Se siente inseguro, entonces tiene la mirada huidiza”. El indicador de consecución (*entonces*) no tiene en absoluto el mismo valor en los dos casos.

Debemos distinguir la racionalidad factual y la racionalidad “ficcional” como siendo dos variantes de la racionalidad de Holmes. Esta distinción, o más bien el problema que ésta presenta, está en el corazón de la psicología. En efecto, parece que ésta nunca se ha decidido de una manera duradera por una de las dos, como lo demuestra su permanente oscilación entre el conductismo (o más recientemente, las neurociencias) y la interpretación por el “sentido” de los móviles o de los síntomas. La misma observación, de hecho, podría ser extendida a la sociología, muchas veces indecisa en cuanto al estatus de los métodos y de las pruebas.

Para que la racionalidad ficcional pueda funcionar, tiene que existir un consenso local de la equivalencia de la ficción considerada, con un estado de hecho. Un típico ejemplo en nuestro ámbito es el del psicoanálisis: tiene que haber un consenso local sobre la existencia del inconsciente, del superyó, de las pulsiones, etcétera, para que la investigación y el diagnóstico a partir del psicoanálisis sean válidos. Cuando este consenso no existe, como es el caso en varias sociedades contemporáneas, el psicoanálisis no puede ofrecer localmente ninguna racionalidad ficcional, se encuentra descalificado o por lo menos no calificado para esto. La situación de los rumores claramente es la misma: para que circule un rumor, primero tiene que ser válido. Más tarde, el hecho de que esté en circulación, valdrá precisamente como garantía de validez.

Al respecto, la racionalidad ficcional, cuando funciona, tiene un valor adaptativo en el plano relacional: contribuye a crear o reforzar los vínculos sociales al instaurar y validar la acción de compartir puntos de vista, constituye por consiguiente una fuente identitaria, nutre referencias estables para una acción en común, y así sucesivamente. De manera simultánea, también tiene efectos que tienden a ir en el sentido de una economía cognitiva (permitiendo el “mínimo esfuerzo”, el uso de atajos, recurrir al sentido común, la utilización de técnicas heurísticas, etcétera). El límite de esta racionalidad es el cambio de consenso local con el mismo cambio de las referencias, y/o el cambio de época: “a cada quien su verdad”. Aquí es donde encontramos la teoría de las representaciones sociales (Moscovici, 1976) y la problemática de los rumores (véase también

Rouquette, 2009). Muchas veces una representación social es una matriz de racionalidad ficcional, que permite “identificarse en ello”, es decir, afirmar y mantener la coherencia (obviamente, local) de un aspecto del mundo, al mismo tiempo que la cohesión de grupo. Por esta razón las representaciones sociales compartidas por algunos son rechazadas por otros: el concepto de justicia no es el mismo para todos, y lo que parece ser bárbaro aquí, es visto como normal en otro lugar; la mundialización es vista por algunos como un factor de enriquecimiento y de liberación, por otros como una causa de empobrecimiento y avasallamiento; todos los debates de sociedad podrían servir de ejemplo de hecho. En el marco general del pensamiento común, los rumores reenvían, de la misma forma a efectos culturales, políticos de la sociabilidad (véanse Zires, 2005; Juárez y Rouquette, 2007): ellos son creíbles para unos y ridículos para otros; juzgados verosímiles aquí y totalmente delirantes en otro lugar; aceptables o despreciables.

No es lo mismo con la versión factual de la racionalidad de Holmes. Ésta corresponde a una adecuación entre el enunciado considerado y el estado de hecho que es, por lo menos tendencialmente, independiente de la influencia del contexto socio-cultural. Esta independencia relativa hace que sea posible la cooperación científica internacional y permite la herencia e integración de la investigación de los Antiguos (emblemáticamente desde los griegos); es decir, se trata de una racionalidad transferible, tanto en el tiempo como en el espacio. Esto es lo que destacaba desde hace mucho tiempo Bloomfield (1939:7) a propósito del lenguaje de las ciencias: “Decimos que el discurso científico es *traducible*, lo que quiere decir que no sólo existen diferencias entre lenguajes, sino que, entre cada lenguaje, la diferencia entre formulaciones operacionalmente equivalentes no tiene ningún efecto científico”.

En su versión ficcional, la racionalidad de Holmes es lo contrario a una pertinencia localizada y ligada a ciertas circunstancias. Está estrechamente relacionada con la sociabilidad, entendida aquí de una manera más amplia como pertenencia cultural englobante (idiomas, religiones, instituciones) normativa reguladora de tal o tal grupo (la de una comunidad pueblerina, por ejemplo, o la de las madres de clase media, o la de los militantes de un mismo partido, de los lectores de un mismo periódico, etcétera). “Verdad de este lado de los Pirineos, error del otro”, como escribió sobriamente el filósofo Pascal, en el siglo XVII.

La noción del “dispositivo externo reproducible” es esencial para entender la diferencia entre estos dos modos de racionalidad. Ya sabemos que en las ciencias experimentales, la existencia de tal dispositivo condiciona la misma posibilidad de la falsificabilidad; en otras palabras, sin tal dispositivo, se queda uno con enunciados conjeturales (canónicos o no, formalizados o no) que sólo pueden ser juzgados como válidos o inválidos de manera local, es decir, socialmente (es decir también, “ficcionalmente”). La definición general de la racionalidad dada recientemente por Boudon (2007:103) no permite hacer esta distinción: “En todos los casos, la teoría general de racionalidad admite que la acción debe ser explicada por su sentido para el actor. Ésta supone, en otros términos, que se basa en el espíritu del individuo, en un sistema de razones que él percibe como válidas”.

El hecho de que el individuo perciba las razones que lo empujan a actuar como válidas, evidentemente en nada demuestra que lo sean *factualmente*. Si se adentra uno en esto, ni siquiera es seguro que la acción considerada se deba a un “sistema de razones” de ese tipo, en la pura transparencia y autonomía de sí mismo, como si la acción fuera una prolongación directa y necesaria de la conciencia. Tanto las lecciones de la psicopatología, como de una gran parte de la sociología y hasta de la teoría política, son elocuentes a este respecto: nada es más opaco, para la mayoría de los actores, que lo que los empuja a actuar. Por otro lado, admitir que la racionalidad individual sea como la racionalidad ficcional, suficiente, exigiría que cada individuo hiciera una especie de “sociedad consigo mismo”, lo que evidentemente es paradójico. Se puede decir que la fuente de validez del razonamiento siempre es “social”, pero no en el mismo sentido: o bien se reconoce *juntos* la legitimidad de un dispositivo externo reproducible y se acepta plegarse a él; o bien *juntos* se conforma uno con la legitimidad que proporciona la pertenencia identitaria, y se cree, por ejemplo, en rumores sin más examinación.

Para terminar, vemos que la racionalidad factual es una especificación de la definición clásica de la verdad: el acuerdo entre el ser y el pensamiento, según la gran intuición de Tomás de Aquino. Sin embargo, se trata de una especificación importante, y hasta esencial, ya que aquí se introduce en la definición, por una parte, la exigencia de la temporalidad: “un estado de hecho confirmado *posteriormente*”; por la otra, la exigencia de la comunicación: “un estado de hecho *confirmado* posteriormente”. Las nociones de interacción y de sociabilidad (o si se prefiere, ya que es lo mismo, del proceso de alteridad) se

ven llamadas a su lugar, que es central. En cuanto a la racionalidad ficcional, ya se ha visto, se trata de un acuerdo entre un estado de pensamiento y un estado de sociedad (aunque nada prohíba considerar un estado de sociedad como siendo también un estado de hecho: este es el objeto mismo de la teoría sociológica).

Bibliografía

- Bloomfield, L. (1939), “Linguistic Aspects of Science”, *International Encyclopedia of Unified Science*, vol. I, núm. 4, University of Chicago Press, Chicago.
- Boudon, R. (2007), *Essais sur la théorie générale de la rationalité*, Presses Universitaires de France, París.
- Juárez R., J. y Rouquette, M.L. (2007), “El pensamiento social: arquitectura y formas de estudio”, en M.A. Aguilar y A. Reid, *Tratado de psicología social*, UAM/Anthropos, México/Barcelona, pp. 43-63.
- Moscovici, S. (1976), *La psychanalyse, son image et son public*, Presses Universitaires de France, París.
- Reumaux, Françoise (ed.) (1999), *Les oies du Capitole ou les raisons de la rumeur*, CNRS Ediciones, París, pp. 163-165.
- (1989), “Rumor et opinio”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXXXVI, PUF, París, 1989, pp. 123-139.
- Rouquette, M.L. (1975), *Les Rumeurs*, PUF, París, y “Le syndrome de rumeur”, *Communications*, núm. 52, París, 1990, pp. 119-124.
- (1977), *Los rumores*, Ateneo, Buenos Aires.
- (2009), “Representaciones sociales e ideología”, *Polis*, 5(1), UAM-Iztapalapa, México, pp. 143-160.
- Zires R., M. (2005), *Del rumor al tejido cultural y saber político*, UAM-Xochimilco, México.